



Josie con su vestido de novia el día de su regreso a Gloucester.

MAS DE LO QUE FUI A PEDIR
CHARLES FOLEY

Josephine Woollam nació en 1945 y pasó los primeros cuatro años de vida como una niña feliz y saludable. Luego vino el problema. Contrajo la bacteria piógena que causa la osteomielitis, y la inflamación agudamente dolorosa de los huesos y la médula comenzó a extenderse. La cabeza, los pulmones y las piernas estaban todos afectados por la enfermedad maligna; la septicemia resultó en múltiples abscesos en huesos, pulmones y cuero cabelludo. En un momento tuvo trece abscesos solo en la cabeza. El foco de infección se encontraba en la cadera izquierda, por lo que la pierna izquierda dejó de crecer; cuando tenía diez años, la pierna izquierda era unas ocho pulgadas más corta que la derecha y el pie izquierdo estaba torcido, apuntando directamente hacia abajo. En 1952 tuvo que ser puesta en tracción y acostada en una estructura. En ese momento, había pasado más tiempo en hospitales que en casa. Josephine estaba física y mentalmente exhausta. Su peso era de apenas 19 kilos.

En 1955, el capitán de grupo Leonard Cheshire, V.C., de la Royal Air Force, escribió un breve artículo sobre la Sábana Santa de Turin para el *Picture Post*, con varias ilustraciones. El martes de Semana Santa, el padre de Josie trajo la revista a casa. Josie había perdido tanto la escuela que no leía demasiado bien, pero se interesó ávidamente por las ilustraciones, especialmente la de la Santa Faz. El Viernes Santo, su mente estaba centrada en la Crucifixión y alrededor de las 3 en punto le pidió a su madre que leyera las meditaciones del Vía Crucis. Después de eso, dijo varias veces que si pudiera ver la Sábana Santa, sabía que volvería a caminar, y su afligida madre murmuró su acuerdo. Más tarde, el mismo día, la temperatura de Josie se disparó a unos alarmantes 103°F (39.4°C) y la llevaron de urgencia al hospital, pero su estado siguió deteriorándose siniestramente. Sus pulmones comenzaron a sangrar y para los primeros días de mayo tosía más de una taza de sangre al día. El Dr. Stallman, el cirujano a cargo, tuvo que decirle a su madre que la niña se estaba muriendo. Se llamó al sacerdote y éste administró la Unción y el Viático. Josie no podía comer, pero repetía constantemente que si tan solo pudiera ver la Sábana Santa, sabía que se recuperaría de nuevo.

El 9 de mayo, la Sra. Woollam le escribió al Capitán Cheshire:

Le escribo para preguntarle si mi hija Josephine podría ser bendecida con una reliquia de la Sábana Santa. Tiene diez años y está en el hospital con osteomielitis en la cadera y la pierna. También un absceso pulmonar. Su médico me ha dicho que no hay esperanza de que mejore. Ha estado entrando y saliendo de hospitales durante los últimos cinco años. El viernes recibió los Últimos Ritos de la Iglesia. Josephine me ha pedido que te escriba y me ha dicho que si pudiera ver la Reliquia se recuperaría y volvería a caminar. Todos en el hospital han sido muy buenos con ella. Siempre tiene un gran dolor, pero siempre tiene una sonrisa... Sé que estoy pidiendo grandes cosas, pero espero y rezo para que mis oraciones sean respondidas para que mi hija mejore.

*Atentamente,
Sra. Verónica Woollam*

Es obvio por esa simple declaración de fe y esperanza, con sus trasfondos perceptibles, que ella no tenía grandes expectativas de éxito; pero ella es estable, sólida y firme, y ora de todo corazón.

El Capitán no estaba cuando llegó la carta, pero alguien de su oficina envió una hermosa fotografía del Rostro de la Sábana Santa, con una carta explicando que no había reliquias de la Sábana Santa; que la Sábana Santa estaba a 2000 millas de distancia en Turín; muy raramente se sacaba a la luz pública, e incluso entonces sólo bajo las más estrictas condiciones de seguridad, etc.

Cuando Cheshire regresó, le contaron sobre la carta; dice que no podía quitarse la petición de la cabeza.

Luego vinieron dos cartas en rápida sucesión. Josephine ya no estaba en su lecho de muerte, sino que zumbaba por la sala en una silla de ruedas. "El médico apenas podía creer lo que observaba cuando la vio en una silla de ruedas el viernes". La segunda carta, unos días después, informaba que habían enviado a Josie a casa desde el hospital, mejor de lo que había estado durante mucho tiempo.

Pasé algunas horas con la Sra. Woollam en octubre de 1984 y le pedí que me especificara lo que había sucedido. La hermana de Josie, Pauline, también estuvo presente y confirmó los hechos. "Cuando la fotografía del Santo Rostro de la Sábana Santa llegó en el correo de la mañana, la coloqué sobre la repisa de la chimenea donde podía verla mientras hacía mi trabajo... y cada vez que pasaba por delante de ella oré y oré..." Esa tarde, como de costumbre, fue a ver a Josie al hospital. Recuerda que algunos miembros del personal la llamaron: "Verá un gran cambio en Josie", lo cual ella reconoció con tristeza... y cuando abrió la puerta del cubículo se encontró con una cama vacía y se temió lo peor. Luego escuchó una risita detrás de la puerta y encontró a Josephine sentada en una silla de ruedas, riéndose de la sorpresa y el desconcierto en el rostro de su madre. La enfermera del personal relató que a la hora del desayuno Josie había preguntado si podía levantarse y las enfermeras la hicieron esperar, pensando que se trataba de los caprichos de una niña moribunda; pero ella fue tan enfática que se sintió tan bien que la colocaron con cuidado en una silla de ruedas, y para su asombro no solo pudo sentarse sin ayuda, no solo parlotaba como una urraca, incluso comenzó a conducir a través de la enfermería por sus propios medios. Quince días después fue dada de alta del hospital.

Pensé para mis adentros que la colocación de la fotografía de la Santa Faz sobre la repisa de la chimenea y la recuperación repentina y simultánea recuperación del niño era sólo "mera coincidencia". Afortunadamente no dije eso porque la Sra. Woollam continuó: "Fue notable que no solo se recuperó tan rápido desde el momento en que puse la pintura en un lugar de honor en casa, sino que desde ese día ni una sola llaga enconada en ella. Las ocho llagas en su pierna nunca más se infectaron." Pauline agregó que las heridas permanecieron abiertas y profundas, pero después de ese día nunca salió pus de las heridas.

Josie siguió confinada a la silla de ruedas, ya que su pie izquierdo era un problema, pero ni siquiera sus piernas habrían soportado su ligero peso. El 17 de junio, G.C. Leonard Cheshire en la puerta con una gran imagen de la Sábana Santa y una de tamaño natural de la Santa Faz. Se sentó con Josie y le explicó en detalle y extensamente todas las muchas cosas significativas que se han descubierto sobre el Lino, y algunos de sus problemas, y lo que nos dice sobre los sufrimientos de Nuestro Señor. En cuanto a su pedido de ser bendecida con la Sábana Santa, eso simplemente "*no se podía hacer*"...

De ninguna manera podría hacerse... *De ninguna manera*. Josie escuchó la primera parte de su discurso con gran atención. De la última parte ella no prestó la menor atención. Así que de nuevo el buen Capitán explicó pacientemente que la Sábana Santa estaba guardada bajo llave detrás de tres grandes rejas de acero, cada una cerrada con una llave diferente; estaba contenida en una gran caja fuerte a prueba de fuego en un recinto sobre el altar de la Catedral de Turín. El dueño de la Sábana Santa era el Rey de Italia, exiliado en Portugal, cuyo permiso habría que obtener, luego habría que buscar el permiso del Cardenal Arzobispo Maurilio Fossati de Turín, por ser él el guardián de la Sábana Santa; así como los Abogados Canónicos, las autoridades del Estado Italiano y (buscando desesperadamente un último argumento) incluso el mismo Papa tendría que ser consultado... ¡ella estaba pidiendo lo imposible! Josie observó su boca decir estas cosas, asintió con la cabeza y sonrió... pero no con los ojos.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el Capitán de Grupo Cheshire ganó el premio más alto por valentía que Inglaterra puede otorgar, la Victoria Cross. Un evento fue el bombardeo de un importante puente ferroviario en la Bahía de Antheor, que fracasó. "Recordaré que una oportunidad perdida se pierde para siempre, y pase lo que pase, nunca volveré a dudar, al menos no una vez que haya visto el objetivo." Cheshire escribió después: Aquí se enfrentó a alguien que practicaba lo que predicaba; ella vio su objetivo, ni iba a ser desviada. Al describir ese día en Gloucester, Cheshire dijo que miró el cuerpo afligido de una niña, el pie deformado, la pierna mutilada y entablillada, y escuchó la firme declaración de que si veía la Sábana Santa, volvería a caminar. "Parecía que no había nada más que hacer excepto llevarla a Turín".

Fácil de decir, no tan fácil de hacer. En ese momento, Cheshire se estaba recuperando de una cirugía mayor en el pecho, por lo que le estaba prohibido volar. La ocupante de la silla de ruedas era una niña enferma. La enfermera que había sido contratada para acompañarlos tuvo que cancelar en el último momento. Entonces Cheshire tendría que asumir todos los roles. Coordinador, planificador, transportista, enfermero, tira y afloja de una silla de ruedas, guía turístico y motor, debe ser todo para ambos. Y luego estaba el tema del dinero. Tenía poco dinero y Josephine no tenía nada. Se podría llamar a todo este asunto una aventura de fe. El arzobispo Grimshaw de Birmingham los rescató por el problema del dinero y los envió a Lisboa, donde vivía Humberto II de la Casa de Saboya, que había sido propietario y protector de la Sábana Santa durante los últimos 500 años.

El rey exiliado no solo les dio de buena gana todos los permisos que solicitaron, sino que también les proporcionó los fondos necesarios para el resto de su viaje. Sin que ellos lo supieran, también llamó por teléfono a sus representantes en Italia para hacer todo lo posible por ayudar. Al mismo tiempo, advirtió a Cheshire que las dificultades serían muchas tanto en la administración eclesiástica como en la civil, especialmente la convocatoria de personas importantes y ocupadas que vivían a distancia, particularmente con tan poca antelación.

Nuestros viajeros comenzaron a través de España y Francia y bajaron a Italia. En la plataforma ferroviaria de Turín, encontraron un pequeño grupo esperándolos; su alojamiento había sido arreglado, el cardenal los vería a la mañana siguiente. El rey Humberto ciertamente había allanado el camino.

Cuando el Cardenal Fossati supo que querían que se abriera la Caja Fuerte del Altar, se sacara la Sábana Santa de su relicario sellado, con toda la asistencia prescrita de testigos legales, civiles y eclesiásticos, con todas las medidas de seguridad a considerar, sacudió la cabeza lentamente y con pena. Simplemente no podría hacerse a tiempo... demasiadas personas se verían incomodadas y la Sábana Santa estaría en peligro. La conversación quedó en silencio hasta que Josie sacó un pequeño paquete de la parte trasera de su silla de ruedas y le mostró un par de zapatos nuevos que iba a usar para caminar a casa; y un vestido largo de encaje blanco, su orgullo y alegría. Josie le explicó al cardenal que se trataba de un "vestido de novia que mi tía hizo especialmente para la bendición". En ese momento, se vio a Su Eminencia caminar bastante rápido hacia un rincón de la habitación, donde se entregó a pensamientos preocupados durante unos minutos antes de entrar a su estudio, donde lo escuchó hablar con varias personas por teléfono. Cuando regresó con ellos, les dijo que regresaran a las 4 de la tarde y, si todos los arreglos pudieran hacerse para entonces, tal vez la bendición podría tener lugar.

A la hora señalada, todos los arreglos habían sido hechos; las diversas autoridades estaban presentes; y Josie estaba allí, vestida con su vestido de novia y su velo, con los zapatos nuevos metidos cómodamente en el respaldo de la silla de ruedas.



Josie y el Capitán Cheshire en su primera llegada a la Catedral

Hubo un tiempo de oración, privada y fervorosa, hasta que el Cardenal se levantó de sus rodillas. Dos sacerdotes subieron los peldaños de la escalera, comenzaron a romper los sellos y a abrir las rejillas de acero. El gran relicario, de más de cuatro pies de largo, fue sacado del recinto, bajado y colocado, primero, sobre una mesa frente al altar. Luego se colocó en los reposabrazos de la silla de ruedas para que Josie pudiera apoyar sus manos en él; pero no pasó nada. Se le preguntó al cardenal si se podían romper los sellos exteriores y sacar la Sábana Santa. Examinó los sellos y luego estuvo de acuerdo en que debían romperse. Envuelta en su cubierta de seda roja, la Sábana Santa fue levantada, todavía atada con sus muchas cintas y sellos de autenticidad, y fue colocada en el regazo de Josie. No pasó nada. Josie preguntó si se podía colocar la Sábana Santa a lo largo de la pierna izquierda entablillada, y para eso también el Cardenal dio permiso. Todavía no pasó nada. A Josie se le permitió deslizar su pequeña mano dentro de la cubierta de seda roja; luego el pesado rollo fue colocado con reverencia en el relicario, las cerraduras fueron selladas una vez más. Los procedimientos fueron filmados y registrados y testificados en los documentos oficiales, y la Sábana Santa fue devuelta a su lugar de descanso.

Josephine no se levantó y caminó, como había imaginado y querido. Ella estaba muy tranquila. En la sacristía, besó el anillo del Cardenal y le agradeció sus muchas bondades; dobló su vestido de novia y guardó sus zapatos. Aparentemente no había pasado nada, nada había cambiado. Leonard Cheshire, el testigo de esos primeros días, dice: "Al principio estaba obviamente decepcionada, pero de una manera curiosa parecía entender un propósito, una dirección. Hablaba muy poco sobre sí misma y la cura esperada, pero mucho sobre otras personas y el honor que la Sábana Santa traería a Nuestro Señor si tan solo el mundo entero pudiera verla".

Su madre vino a recibirlos a la estación Victoria de Londres, y en respuesta a su pregunta sobre lo que Josie había recibido o sentido en Turín, Josie respondió: "Más de lo que fui a pedir"... una respuesta curiosa para una niña. Más tarde agregó que si hubiera sabido cuántos problemas iba a causar, ¡no habría pedido ir!

Josephine nunca, en ningún momento de su vida, afirmó que estaba curada, pero a su regreso notó que las úlceras profundas, abiertas e intratables, incluidas las de su pierna, estaban comenzando a sanar. Desde ese momento hasta el final de su vida, no tuvo más problemas de mielitis ósea allí ni en ningún otro lugar, con la excepción de una pequeña operación, a fines de 1955, para drenar una úlcera. Todavía estaba confinada a la silla de ruedas, ya que ninguna de sus piernas la habría sostenido.

¿Cuál es la evidencia de las afirmaciones anteriores? El cirujano ortopédico que la había atendido desde el comienzo de su enfermedad en 1949 era miembro del Royal College of Surgeons. En sus notas de principios de 1956, el Dr. Stallman registra con cierta fascinación: "*Las cavidades de la herida parecen haberse curado.*" En ese mismo año, el Dr. Merryweather, también miembro del Royal College of Surgeons, asumió las funciones de cirujano ortopédico e informa: " La osteomielitis parece estar inactiva y no hay *nada después de eso que sugiera una recurrencia de la infección ósea*, aunque se quedó con una discapacidad espantosa. Eventualmente le quité la pierna (izquierda) porque no le servía de nada y luego se llevó muy bien con una pierna artificial" (carta privada fechada 8 Oct. 1984). La amputación se realizó en 1966. Hasta ese momento, su pie izquierdo deformado había sido agarrado en una especie de "zapato" con calibradores de acero en cada lado, extendiéndose hasta un pie falso y un zapato. Solo podía moverse con muletas. Era una prótesis inútil y torpe y los calibradores causaban llagas dolorosas. Con la pierna artificial, primero con muletas, luego con bastón y finalmente sin ninguno de los dos, ¡caminó! El Dr. Merryweather escribe: "Mirando su historia en su conjunto, debo confesar que sorprende el hecho de que el final de 1955 coincidiera con un largo período de osteomielitis quiescente. ¿Fue solo una coincidencia o fue algo más?"

Josephine comenzó a fortalecerse y pudo aceptar primero un trabajo a tiempo parcial y luego una ocupación a tiempo completo como operadora de centralita telefónica. En 1968 conoció a Roy Jones. Se casaron, tuvieron su primer hijo en 1970. Desafortunadamente, él murió antes de su primer cumpleaños, pero Richard, el segundo hijo, nacido en 1973, vive hoy con su padre no lejos de Stroud en Gloucestershire. Josie regresó a Turín con motivo de la Ostensión de 1978 y expresó su felicidad porque su deseo de la infancia se había cumplido; que miles de personas de todo el mundo ahora pudieran ver la Sábana Santa.

Mis razones para escribir este relato son básicamente tres:

- 1) se ha puesto un énfasis incorrecto en los hechos;
- 2) hasta el momento no se ha llevado a cabo ninguna investigación en consulta con los testigos principales; y
- 3) las características para la consideración de una cura milagrosa, establecidas por el Papa San Pío X, aún no se han aplicado a la situación de Josephine.
El día crucial de todo el episodio fue cuando la fotografía de la Santa Faz llegó a la casa de los Woollam y fue colocada en un puesto de honor. Fue en ese día ya esa hora precisa que Josephine se sintió bien de repente. El viaje a Turín, aunque recibió toda la publicidad, es secundario a eso. Los testigos principales son la Sra. Woollam y la hermana menor, Pauline; y, lo más importante, los dos cirujanos ortopédicos, el Dr. Stallman y el Dr. Merryweather.

Las reglas papales de consideración para una curación milagrosa son las siguientes:

1. La enfermedad es grave y la condición no mejora.

La niña se estaba muriendo de una enfermedad mortal y estaba sin atención médica.

2. La curación debe ser instantánea sin un período de recaída.

La niña había estado enferma durante cinco años. Se recuperó en el preciso momento en que, sin saberlo ella, su madre colocó la imagen de la Santa Faz sobre la repisa de la chimenea. Josie se levantó de la cama, se sentía bien. La enfermedad no solo mejoró; ya no hubo supuración de las llagas ni entonces ni durante el resto de su vida. En otras palabras, la osteomielitis fue curada.

3. La recuperación no se puede explicar de forma natural.

La enfermedad progresiva fue detenida, y la niña pasó de un estado de enfermedad muy grave a un estado de salud prometedor y ampliamente cumplido.

4. No debe haber recaídas en ningún momento, o ser una mejora accidental.

Durante los restantes 26 años de su vida, no hubo recurrencia de la osteomielitis. Los informes quirúrgicos son elaborados por los cirujanos con sus propias firmas.

Cabe señalar que una curación instantánea o incluso muy rápida de la osteomielitis por causas naturales es imposible. La enfermedad ataca no solo un órgano, sino también los tejidos circundantes y la médula ósea. La enfermedad se propaga debido a la invasión de toxinas del torrente sanguíneo y del sistema linfático, incluida la médula ósea. Penetra en todo el organismo. Para restaurar las células destruidas (en la piel, los músculos, los huesos) se requieren células nuevas, y tales operaciones fisiológicas requieren tiempo. La curación instantánea de todo el cuerpo es médica y biológicamente imposible. Sin embargo, eso es lo que le sucedió a Josie Woollam. Las úlceras múltiples dejaron de producir pus. Las heridas permanecieron abiertas hasta que ella fue a Turín; después de que se colocó la Sábana Santa a lo largo de su pierna, comenzaron a cerrarse y sanar, dejando una cicatriz marcando las antiguas heridas.

No sólo volvió a caminar sino que, como le he oído decir felizmente, condujo su propio automóvil, tuvo a su esposo, a su hijo y a su hogar y recibió fuerzas para cuidarlos con orgullo. Tengo una grabación que hizo Josie de los eventos de su peregrinaje a Turín. Habla con voz tranquila y uniforme, sin exageraciones, sin afirmar nunca nada fuera de lo común. Es muy conmovedor escucharla mientras intenta, sin éxito, poner en palabras lo que sucedió en Turín; ella duda, vacila y se detiene. Tres veces trata de describir, de explicar, y termina diciendo: "Es difícil expresarlo con palabras... Fue una gracia especial... Sea lo que sea, cambió toda mi perspectiva, todo mi estado de ánimo." Mi propia reacción al escucharla y pensar en lo que dijo, es que la invadió una gran sabiduría.

Leonard Cheshire dice de ella que se volvió desinteresada, tranquila de mente, que tenía esa paz que el mundo no puede dar. A su hermana Pauline le preocupa no poder describir sus propias reacciones en este momento, mucho menos las de Josie, pero usa la palabra "feliz" varias veces. Eso es algo que la misma Josephine subraya, que recibió una calma en el fondo de su mente. Todas las cosas que la habían enfadado en el pasado parecieron desvanecerse, como ser una carga para los demás, tener que depender de los demás para que la ayudaran, y que siempre sería así... Después de Turín, se dio cuenta de que iba a haber dolor y sufrimiento; incluso pudo aceptar la pérdida de su primer bebé, aunque su voz siempre baja un tono o dos cuando menciona eso. "Algo cambió para mí en Turín. No puedo describirlo, pero me ha permitido aceptar mi vida tal como es... Me sentí entonces muy cerca de Jesús, no emocional ni sentimentalmente, pero ahora puedo caminar tras Él. Algo me fue dado ese día, una gracia para enfrentar los problemas diarios de la vida. Estoy feliz y contenta, y eso ha permanecido conmigo todos los días desde entonces ". La verdad profunda y tranquila de tales palabras se puede escuchar en su voz.

Josie Woollam murió el 31 de mayo de 1981. Dios descansa su hermosa alma.

Este relato estaría incompleto sin una mención especial de dos personas: la madre de Josie y su cirujano. La Sra. Veronica Woollam tiene un nombre apropiado. Es pequeña y de voz suave, y habla como si se hubiera encontrado con Nuestro Señor la semana pasada en el supermercado. Con afecto la comparo con la madre de la que escribe san Mateo (15, 21-28). Uno puede imaginar fácilmente a Nuestro Señor asintiendo y sonriendo a esta madre también. *«Mujer, ¡qué grande es tu fe! ¡Que se cumpla tu deseo!»*. Y en ese momento su hija quedó curada.

En segundo lugar, el Dr. Merryweather. Entre las tediosas preguntas que le hice, una fue el hecho de que Josephine murió de bronquiectasias (es decir, dilatación de los bronquios, comúnmente debido a la formación de tejido fibroso en los pulmones). Recordé que Josephine había distinguido entre la osteomielitis y el problema pulmonar que, según dijo, se debía a que había tenido neumonía cuando era joven. La sugerente respuesta del médico resume estos hechos: "La infección básica fue una septicemia (la presencia en el torrente sanguíneo de bacterias y sus toxinas). Los abscesos óseos fueron el resultado de esto, al igual que las bronquiectasias, aunque creo que las bronquiectasias no surgió hasta después de la osteomielitis, por lo que se podría decir que fue secundario a eso". Él continúa: *"Ciertamente hay cosas en esta notable historia que no se pueden explicar científicamente*. Todos conocemos el poder de la mente sobre el cuerpo. Me parece que incluso una persona totalmente no religiosa tendría que admitir que a Josephine le pasó algo que cambió su actitud mental, con el consiguiente efecto en su enfermedad. Eso, creo, es lo mínimo que se podría decir, y muchos le darían una interpretación mucho más espiritual".

Traducción de Michela Marinelli